

glo, he visto llegar prisionero al más alto personaje del universo. Era un anciano de ochenta años, tres veces venerable por su edad, por sus virtudes, por su dignidad: se llamaba Pio VI. Aun me parece descubrir, allá en la cima de mi ciudadela, la majestuosa figura de aquel pontífice, únicamente culpable del crimen de ser Papa. Le he visto sufrir, y me ha parecido más grande en la prision que sobre el trono. Le ví morir, y su muerte fué dulce como el sueño de la niñez, majestuosa como el sol que se oculta en el seno de las olas. Vosotros, transeuntes, decidme, ¿cuál ha sido el fin de sus perseguidores, y qué ha sido de su prediccion, segun la cual Pio VI debía ser el último de los Papas, y yo, sepulcro eterno del papado?"<sup>1</sup>

El *Papin*, que se había detenido delante de Valencia para dejar y tomar pasajeros, comenzó de nuevo su rápida carrera. Hé aquí en la opuesta ribera del Ródano, sobre una saliente elevacion, una antigua torre, verdadero nido de bandidos, que han hecho temblar más de una vez á las poblaciones situadas en la vertiente de la montaña. En jeneral, todas esas crestas del Ardèche, formadas por volcanes, desnudas, desgarradas, irregulares, erizadas de antiguos castillos, son de un aspecto á la vez amenazador, triste y salvaje. Viviers, con su hermoso seminario y su catedral, que podria tomarse por un fuerte castillo, nada cambia el aspecto de este paisaje.

Estaba yo en la parte del frente del buque, con la mirada fija hácia la costa, cuando oí cerca de mí una voz conmovida que exclamaba: *¡Hé ahí mi país! ¡Hé ahí!* Volví el rostro y miré á un soldado jóven, que enseñaba con ternura una lejana cima cubierta de nieve. "Lo conozco bien, de-

<sup>1</sup> Esta misma prediccion, con un motivo semejante, y con iguales fundamentos, se hace hoy por hombres de las mismas ideas. (N. del T.)

cia él, es el monte Ventous, departamento de Vaucluse. Lo he subido muchas veces con el señor cura, cuando iba á decir la misa en la capilla que está arriba. ¡Ahí está mi madre! . . ." y con el dorso de la mano se enjugaba una gruesa lágrima el interesante jóven. Repentinamente exclamaron los viajeros: ¡el puente del *Espíritu Santo!* y todas las miradas, ménos las del soldado, se dirigieron hácia el célebre monumento. Como estábamos á más de média legua, pudimos considerar á nuestro sabor el Bourg-Sain-Andeol, y las bien conservadas ruinas de un templo galo, elevado, segun se dice, á Mithras. La dominacion romana había introducido sin duda en las Gaulas ese culto oriental.

Sin embargo, la máquina dejaba escapar su vapor; el buque había retardado su marcha. ¿Por qué este retardo? Era preciso que el piloto encargado de nuestra embarcacion, detuviera esta para hacernos pasar el Puente del Espíritu Santo. Sin una maniobra particular, que él solo tenia costumbre de hacer, se corria riesgo de romperse contra las columnas del puente. En otro tiempo, ántes de intentar el peligroso paso, conductores y viajeros hacian solemnemente un acto de contricion. Por mi propia cuenta, seguí aquel piadoso ejemplo y me abandoné con confianza á la habilidad del piloto y á los cuidados paternales de Aquel que dá al hombre la intelijencia; pasamos, y aunque con trabajo, al ménos sin accidente. Dimos gracias á Dios y admiramos ese monumento que trae á la memoria una de las instituciones de la Edad Média.

El Puente del Espíritu Santo tiene 799 metros de longitud, sobre cerca de 5 metros de latitud. Compuesto de 23 arcos, presenta en el centro de cada columna una gran claraboya destinada á facilitar el paso del rio en las fuertes crecientes. La opinion más acreditada, atribuye

su construccion á los *hermanos Pontifes*, humildes monjes, cuyo nombre y servicios ignorados hoy, merecen el reconocimiento eterno de los amigos de la civilizacion. En el siglo XII, el hermoso pais de Francia no estaba como hoy entrelazado con grandes caminos, recorridos noche y dia por innumerables carruajes; nuestros rios y riachuelos no estaban cubiertos de embarcaciones de toda especie, ó surcados por rápidos barcos de vapor; los viajes eran generalmente difíciles y poco seguros. La civilizacion material, resultado inmediato de las frecuentes comunicaciones entre ciudades y provincias, estaba estacionaria; á la relijion habíase reservado la gloria de desarrollarla. La mano infatigable de los relijiosos de San Benito y de Citeaux, había labrado los incultos campos y destruido las vastas selvas que cubrian el suelo. Gracias á los hermanos Pontifes ó *fabricantes de puentes*, los rios pudieron atravesarse sin peligro. Esta útil orden debió su fundacion á San Bénézet, de quien tendré ocasion de hablar mañana.

Saliendo del Puente del Espíritu Santo, las riberas del Ródano se ensanchan al punto; se extiende la vista á derecha é izquierda sobre las vastas campiñas de Vaucluse y de Gard. El rio corre desbordándose con una rapidez siempre creciente: se diria que el hijo del San Gothard se apresura por llevar al Mediterráneo el tributo de sus aguas.

Casi al frente del Puente del Espíritu Santo, sobre la ribera izquierda del rio,

<sup>1</sup> El siguiente pasaje de una bula de Nicolas IV, fechada en 1448, parece decisivo en favor de esta opinion. "Pastorque ipse, spiritus sancti gratia, et fidelium elemosynis fretus, pontem in loco indicato hujusmodi inchoavit." Otros atribuyen la construccion del puente del Espíritu Santo, á los habitantes de San Saturnino del Puerto, ayudados con las limosnas de los relijiosos de Cluni y excitados por el ejemplo de los hermanos Pontifes.

distinguí la aldea de Mornas y su ensangrentado pico. Si hubiéseis pasado por allí hácia fines del décimosexto siglo, hubiérais podido ver en aquellos parajes á un hombre de alta estatura, de mirada feroz, de curva nariz, rostro descarnado señalado con manchas de sangre negra; que reunia á la vez la rapacidad del buitre, y la voracidad del tigre; tal era el Sylla del protestantismo, Francisco de Beaumont baron de los Adrets. Habriais podido verlo, despues de la toma de Mornas, tomar para sí el bárbaro placer de hacer saltar uno á uno los soldados y oficiales de la guarnicion católica, ya desde lo alto de las vecinas rocas, ya desde la plataforma de las torres á los fosos, en donde su jente los recibia sobre picas. Uno de estos desgraciados, que por dos veces emprendió su vuelo y se detuvo por otras tantas en el borde del precipicio, le gritó: *¡Adrets! ¡Cobarde! mira que has vuelto atras dos veces.*—*Yo os la doy por diez*, respondió el soldado. Tanta fuerza de alma en momento tan supremo, agradó al tirano, y obtuvo la víctima la gracia del destierro.

Experimenté no sé qué sobresalto cuando quitando la vista del teatro de tantos crímenes, saludé á la pequeña ciudad de Roquemaure, en donde se cree que Aníbal, al marchar sobre Italia, pasó el Ródano con su ejército.

A las cinco, se vieron de léjos las torres de Avignon. La antigua capital de los Cavares, sucesivamente colonia romana, conquista de los Bourguignons, de los Sarracenos, de los Francos, mandados por Carlos Martel, república en el siglo décimotercio, vendida en el décimocuarto por Juana de Nápoles al Papa Clemente VI, se hizo en la revolucion de 93, parte integrante del territorio frances.

Ya iba yo á meditar no sé qué, sobre esa perpétua movilidad de las cosas humanas, cuando llegamos al puerto. Era

de noche; nuestro primer cuidado fué encontrar un albergue, pero no era fácil. Los buques y los coches, que marchaban por allí ese día por la primera vez despues del desborde del Ródano, habian inundado la ciudad de viajeros. Tocamos en varias puertas y en todas se nos contestó *No hay lugar*. Estábamos amenazados de dormir á campo raso, ni más ni menos. En tal conflicto, se decidió que nuestra pequeña caravana se dividiera inmediatamente, que cada uno de nosotros se pondria en busca por cuenta de la comunidad y que media hora despues nos reuniríamos en el punto de partida. Hémos ahí á los tres en busca de un hotel, de un albergue cualquiera. Al tiempo señalado para la vuelta, llevamos Enrique y yo por el resultado cero. Francisco esperado con impaciencia, Francisco, última esperanza del Estado, no volvió. ¡Ay, no debía volver! No vayais á creer que él habia hecho traicion á su encargo, que contento con haber hecho sus negocios, habia olvidado los del país; no, como muchos otros, solamente habia ido demasiado lejos y se extravió.

Su ausencia, debo confesarlo, complicaba singularmente nuestros negocios. De agradable que hasta entónces habia sido nuestra posición, se convertia en verdaderamente seria: la noche avanzaba; sin conocimientos, sin indicaciones posibles que dar ó pedir para seguir la huella de nuestro amigo. De pronto nos ocurrió un luminoso pensamiento, como tienen siempre los gobiernos civilizados, cuando es preciso arrojarse á un mal, paso ó consolarse de un contratiempo. Francisco habrá vuelta al *Papin*. Con esta chispa de consuelo, impresa mucho ántes en nuestra alma, nos pusimos á trabajar por nuestra cuenta. Despues de largas investigaciones, llegamos á descubrir una sucia encrucijada, en la extremidad de una larga y negra galería, un, dizque hotel, en don-

de todo era provenzal de sangre pura, lo cual para los habitantes del Norte y del centro, se traduce literalmente en estos términos: pagar caro, comer aire y dormir despiertos. Fué preciso pasarla allí.

A las cinco de la mañana dejamos el hotel, y por el camino más corto nos encaminamos al buque. Grande fué nuestro contento al hallar allí al extraviado, miembro de nuestro pequeño Estado. Nos refirió que despues de haber andado largo tiempo, habia perdido el camino del punto de la cita; que desesperado de encontrarle habia comido bien y habia venido á pedir hospitalidad en el *Papin*. En este momento el capitán vino á anunciar que la niebla no permitia levar anclas y que se retardaba la partida algunas horas. Este contratiempo nos permitió echar una mirada sobre Avignon; comenzamos por el Palacio de los Papas.

Esa importante masa sentada sobre una elevada roca que domina el Ródano, está rodeada de cuatro torres cuadradas de una altura y dimension gigantescas. Mientras que el arqueólogo contempla allí con transporte el sabio jenio, serio y á veces sombrio de la Edad Média, ella aparece al cristiano como una imájen de la Iglesia, que edificada sobre una roca, ve correr el rio de los siglos, cuyas olas chocan en vano contra sus eternos cimientos. Una de las torres es tristemente célebre en nuestros fastos revolucionarios. Allí, en la nevera que está en su base, el feroz Camilo Jourdan, á quien llamaban *Corta-cabezas*, precipitó á multitud de víctimas culpables de nobleza, de riquezas y de virtudes. Para dar descanso al alma fatigada con tal recuerdo, está muy á propósito la graciosa iglesia de Nuestra Señora de los Doños, situada en las carcanías. En este antiguo santuario, tan querido para los de Avignon, la piedad reconocida ha prodigado en honor de la augusta Virgen, las her-

mosas esculturas, los preciosos mármoles. La sacristía ofrece á los amantes del arte, la tumba gótica de Juan XXII, pontífice tan conocido por su devoción á María; pero pocos se acuerdan de los dos célebres concilios cuya historia ocupa largas columnas en la historia religiosa y política de la Edad Média. En el primero, habido en 1209, fué solemnemente destituido el emperador Othon IV; el segundo, celebrado en 1327, excomulgó al antipapa Pedro de Corbara. Gracias á la condescendencia de las excelentes religiosas de San José, nos fué permitido admirar en el hospital el famoso Cristo de marfil, el más grande y acaso el más hermoso que se conoce.

Volviendo á tomar el muelle del Ródano, estuvimos bien pronto sobre el puente de San Bénézet, á donde nos llamaba una maravillosa leyenda. Un día, no sé cual, del año de 1176 se vió bajar de las montañas en donde cuidaba las ovejas de su madre, á un pequeño pastor de doce años de edad. Conmovido por los peligros que habia visto correr á los pobres viajeros al pasar el Ródano, venia á Avignon, llamándose inspirado de Dios, para construir un puente sobre este rio. Entra á la iglesia, participa su misión al obispo, se le trata de visionario y le exhortan á que vuelva á cuidar de su rebaño. A las burlas, suceden las amenazas, pero nada le arredra. Propone una prueba; se acepta. A vista de la ciudad toda, el adolescente coloca sobre sus espaldas una enorme piedra que treinta hombres tratan en vano de levantar. Convirtiose el desprecio en admiración, y se decide la construcción del puente en medio de unánimes aplausos. Cada uno contribuyó con su dinero y su trabajo á la construcción del monumento, cuya dirección se encomendó á Bénézet. Comenzado en 1177, se acabó en 1192. Su solidez, sus diez y ocho arcos, sus trescientos cuarenta piés de lon-

gitud, lo colocaron con justo título entre las maravillas de la Edad Média, edad por otra parte poderosa y maravillosa en monumentos de arquitectura. Antes de haber puesto la última mano en su obra, pero despues de haber vencido todas las dificultades, murió Bénézet, tan respetado por sus virtudes como célebre por sus milagros. Penetrada de veneración y reconocimiento, mandó edificar la ciudad, sobre la décima tercia pilastra, una elegante capilla en donde fueron depositadas las reliquias del santo, la cual subsiste todavía. En 1669, habiéndose caído una gran parte del puente, fueron trasladadas solemnemente á la iglesia de los Celestinos. Los diferentes barrios de la ciudad que en seguida recorrimos, nada nos ofrecieron de nuevo que no se encuentre en otras ciudades; vimos sin pena disiparse la niebla y apresurarse el momento de la partida. Despues de veinte minutos de difíciles y peligrosas maniobras, se consiguió pasar entre los estrechos ojos del puente. El *Papin* se deslizaba rápidamente sobre las hermosas aguas del Ródano, que semejante á un vasto espejo, reflejaban hacia nosotros los primeros rayos del sol provenzal. Bien pronto se extendió delante de nosotros la inmensa llanura en que tiene lugar la feria de Beaucaire; sobre ella se elevaba la formidable torre que domina la ciudad; en fin, Beaucaire nos enseñó su joven y móvil figura con el soberbio puente que lo une á su hermana mayor, la antigua ciudad de Tarascon.

En el ribazo del puente nos esperaba una nube de hombres extraños. Si su casaca de terciopelo castaño, su gran sombrero fieltro gris, cuya ala posterior bajaba hasta la mitad de la espalda, su cinturón de varios colores, su ancho pantalón de color incierto, no nos dieran á conocer que estábamos en país civilizado; los jestos animados, los negros rostros, el in-

comprensible lenguaje de aquellos personajes de tal talante, nos hubiera hecho creer que íbamos á abordar á alguna playa africana y á caer en manos de una horca de Kabyles. De hecho íbamos á tener que hacer con Arabes, y lo que es peor, con Arabes que han sacado patente; los mozos de cordel de Beaucaire. Apénas estuvimos á su alcance, cuando se lanzaron sobre el barco, precipitándose sobre nuestros equipajes: de buena, ó de mala gana, es necesario aceptar sus servicios, ellos tienen el monopolio del descargo. Nuestros efectos, que no hacian carga para dos, fueron tomados entre cuatro para llevarlos, y les seguimos al hotel, algunos pasos distante de la orilla. Un viajero creyó mostrarse jeneroso ofreciendo cincuenta céntimos á su mozo por el transporte de su ligera balija; este se niega, diciendo que se le debe el doble: el viajero no pasó por ello, y el cargador se alejó murmurando. Durante el desayuno, le vimos volver acompañado de un policía; enseñaba un decreto del alcalde, que impone á los viajeros la obligacion de pagar un franco, cualquiera que sea el volúmen del fardo y la distancia recorrida. Poco deseoso de hacer un conocimiento más íntimo con este excelente policía, el viajero se excusó con buen modo, dando lo que se le pedia; pero si el señor policía (maire) puede estar cierto de que es el muy querido de los cargadores, no debe estarlo también de que siempre será el objeto de las bendiciones de los extranjeros. ¡Dios os guarde, cargadores de Beaucaire!

Acabado el almuerzo, atravesamos el puente moderno que conduce á Tarascon. La antigua iglesia de Santa Marta, tan notable por su arquitectura, atrajo desde luego nuestras miradas: por desgracia, la última creciente del Ródano había inundado la catacumba, lo que nos impidió ver á nuestro sabor la tumba de la santa hos-

pedadora del Hijo de Dios; fuimos compensados con la relacion del milagroso apostolado de Santa Marta. Hé aquí lo que contaba el cicerone:

«Llegada al país, decia, lo encontró la santa sumerjido en la idolatría; pero bien pronto la Providencia le proporcionó la ocasion de probar la verdad del cristianismo. Un monstruo horrible, que llamamos Tarasca, ejercia sus desolaciones y llevaba la consternacion á toda la nacion. Muchas ocasiones se habian reunido los habitantes para darle carga; pero el monstruo habia devorado á los más valientes y se habia escapado de sus ataques. Nadie se atrevia á salir: entónces se recurrió á la santa extranjera, suplicándola que librase al país del azote que lo desolaba. Habiéndose encomendado á Dios la santa, se armó de una pequeña cruz y de un cordon, y preguntó: ¿dónde está el monstruo? Se la conduce á la entrada del bosque llamado *Ner-luc*, en donde el espantoso animal tenia costumbre de estar, cuando no se hallaba en los bordes del Ródano, en una caverna que servia de sepulcro á la mayor parte de los viajeros. La heroína entra al bosque, se adelanta hasta la boca de la caverna, y con una voz firme y resuelta dice al monstruo: *¡En nombre de Jesucristo te mando salir!*

«Al momento se ve aparecer una bestia tan espantosa, que su sola vista era capaz de hacer morir de terror. Era un animal, medio cuadrúpedo y medio pescado; tenia el cuerpo mas alto y mas largo que un toro, la cabeza de un leon, los dientes largos y cortantes, la crin de un caballo, los piés de su oso y tenia seis, y la cola de una serpiente; su cuerpo estaba cubierto de escamas, á prueba de las armas mas fuertes; sobre su espinazo se elevaba una arista armada de agudas puntas, tan duras como el fierro. A su vista, los mas intrépidos huyen, y la santa queda sola

Arrastrada por un poder divino, la Tarasca se acerca y viene á depositar á sus piés los miembros palpitantes de un desgraciado viajero que debia ser su última víctima. La santa le toca la cabeza con la cruz, y pasándole su cordon al rededor del cuello, conduce al monstruo, tan manso como un cordero: toda la ciudad acude al ruido del milagro. Para vengarse de las crueldades que les habia hecho sufrir, los habitantes mataron la Tarasca, despues de haberla golpeado y desgarrado con el mismo temor que si fuera una fiera pintada en un lienzo. Se dieron á Marta unánimes bendiciones, y el poder del Dios de los cristianos fué reconocido públicamente. En memoria de este acontecimiento, que fué para nuestro país el fin de la idolatría y el principio de la fé, celebramos cada año una soberbia fiesta, de la cual quedariais muy contentos si asistieseis.»

El buen hombre iba á contarnos la fiesta de la Tarasca, cuyos pormenores nadie ignora; pero nuestra atencion se dirigió á otros objetos. El castillo de Tarascon nos mostraba sus negras murallas, desde cuya altura fueron precipitados, despues del 9 thermidor, un gran número de republicanos furiosos. Así, á algunas leguas de distancia de esos sangrientos teatros de la revolucion francesa, se hallan la nevera de Avignon para las víctimas; el castillo de Tarascon para los verdugos: el mismo jénero de suplicio. ¡Tal es la justicia de Dios!

Entre tanto, ya habia sonado la hora de partir para Nimes. Volver á pasar el puente, saludar el vasto campo de la feria, entónces desierto, el canal del Mediodia cubierto de buques atravesar: Beaucaire en toda su longitud, fué negocio de diez minutos que nos quedaban todavía. Apenas espiraba el undécimo, cuando los ruidosos vehículos de la industria nos llevaban con la rapidez del viento á traves de

una vasta campiña plantada de olivos. Estos precios árboles, cuyas parduzcas y pequeñas hojas están léjos de halagar la vista de un extranjero, regocijaban entónces el corazon del propietario; estaban cargados de frutos que prometian á los felices habitantes de Provenza, un año de abundancia. El olivo requiere ser cultivado con cuidado, podado y abonado cada tres ó cuatro años: á este precio paga ampliamente los sudores del hombre. El moral que lo acompaña casi siempre, no es ménos útil; su verde follaje forma el bordado ordinario de los arbustos de olivo, y da al paisaje un aspecto ménos monótono.

En ménos de una hora se habian salvado siete leguas: estábamos en el desembarcadero de Nimes. La catedral, tan rica en recuerdos, los fosos del obispado, sepulcro viviente de una multitud de católicos durante las guerras de religion, la famosa fuente con su jardin, el orgullo de los nimeses, tales fueron los primeros objetos de nuestra ardiente curiosidad. El manantial, que forma riachuelo, sale del pié de una montaña, en cuyo vértice se eleva la *Torre Magna*, antiguo faro edificado por los romanos. La vertiente que mira á la ciudad, está sembrada de verdes árboles y presenta el aspecto gracioso de un jardin inglés, con sus calles en espiral, sus saltantes rocas, sus accidentes de terreno y sus perspectivas de un efecto verdaderamente pintoresco. En el desagüe mismo, formado por el manantial de la fuente, se encuentran baños romanos y un templo de Diana, cuyo cimientto está muy bien conservado. Veintiun pasos de distancia, al pié de una roca, se eleva un templo druida, si alguna vez los druidas tuvieron templos. Las gruesas paredes de cantera bruta que lo componen, contrastan de una manera notable con las delicadas esculturas del templo de Diana. El jenio de los pueblos se revela en este

doble monumento, y el paganismo se muestra en él con sus dos caracteres distintivos, la crueldad y la voluptuosidad. Siguiendo aquellas hermosas aguas, cuya pureza y transparencia me hacían recordar los riachuelos de la Suiza, recorrimos todo el jardín de la Fuente, verdadero *Luxemburgo* de Nîmes, y llegamos á la *Casa Cuadrada*.

Este templo, que por su construcción ocupa el primer rango entre nuestras ruinas romanas, forma un paralelogramo apoyado sobre treinta columnas estriadas de una buena arquitectura. Colocado en medio de un *forum*, este monumento fué según todas las apariencias, edificado por Agrippa y dedicado á Augusto. Pero después de la muerte del joven Marcelo, habiendo adoptado Augusto á los hijos de Agrippa su yerno á quienes dió el título de Césares, se cree que les fué consagrado este templo. Tal parece ser el sentido de la siguiente inscripción:

C. Caesare Augusti F. Cos. Lucio Caesari Augusti F. Cos. Designato, Principibus Juventutis.

"A. C. César hijo de Augusto, cónsul.

A. Luciano César "hijo de Augusto, cónsul designado, príncipes de la juventud."

La Casa Cuadrada, que sirve hoy de museo y de galería, ofrece una notable colección de antigüedades. Los bustos de mármol, los sarcófagos de granito, las pequeñas estatuas de bronce de las divinidades paganas, son allí muchas y bellas. Entre las piedras sepulcrales, advertí aquella cuya inscripción comienza por estas palabras: *Pax aeterna*. Hasta en los trofeos de la muerte intentaban grabar los paganos el dogma social de la inmortalidad. A la cabeza de los cuadros se muestra *Cromwell* abriendo la tumba de Carlos I. Bien pronto el espectáculo del rejeida, inmortalizado sobre el lienzo, dió lugar á un recuerdo no ménos espantoso,

grabado sobre la piedra. En las cercanías de la Casa Cuadrada, se eleva el anfiteatro en que se derramaron olas de sangre humana para la diversion del pueblo-rey. Mejor que todo lo que hemos observado, las arenas de Nîmes, atestiguan por su perfecto estado de conservación y por sus colosales proporciones la cueldad y poder de los romanos. Cuando estais allí, en medio de aquel vasto recinto de paredes diez y siete veces seculares, por poco que impongais silencio á vuestra preocupacion del momento, ¡qué multitud de recuerdos y de imágenes os asaltan! A vuestro alrededor, desde el *podium* hasta la galería superior, os parece ver sentados sobre las gradas á aquellos treinta mil espectadores ávidos de sangre, oír sus prolongados aplausos á la caída de cada víctima, los desgarradores gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, los aullidos de los leones y de los tigres, el chis chas de las espadas, ó la bocina de los gladiadores que introducían á la arena un esclavo desgraciado, un cristiano tal vez, ó alguna nueva bestia cuyo porte y extraordinario furor van á dar un instante de convulsiva alegría á aquel pueblo enajenado; y vuestro corazón se oprime, y á la noche siguiente sueños espantosos os turbarían, si no viésemos á dormir todos los otros sentimientos el reconocimiento hácia Dios que ha librado al mundo de tanta barbarie.

El orden de nuestras correrías nos hizo pasar de las Arenas á la prision central ocupada por los hermanos de la Doctrina cristiana: esta intermediación nos pareció muy buena. Ver repentinamente en presencia uno de otro, al paganismo y al cristianismo en su espíritu y en sus obras, ¡qué mejor medio de apreciarlos y de llegar sin gran esfuerzo de lójica á las siguientes conclusiones! Bajo el imperio del paganismo, profundo desprecio á la humanidad; bajo el reinado del cristianismo,

respeto religioso aun para el culpable; en las arenas, egoísmo y crueldad; en la prision, desinterés y caridad; allá, asesinato del inocente por el culpable; acá, consuelo del criminal por el inocente; allá, gritos de alegría al espectáculo del dolor; acá, lágrimas de compasión á vista del sufrimiento; allí, el débil, el pequeño, el prisionero cargado de cadenas é inmolado por el fuerte y poderoso; aquí, el fuerte y el poderoso convertido en servidor del pobre y del pequeño; allí, gladiadores; aquí, hermanos. En cuanto á la razón de este fenómeno moral, siempre subsistente, ¿quereis conocerla? levantad la vista: en las arenas, Júpiter y Vénus, el águila y las haces consulares; en la prision, Jesús y María, la paloma y la cruz. ¡Esto es todo!...

## 6 DE NOVIEMBRE.

Arlés.—Saint-Trophime.—Los Claustros.—San Cesáreo.—El teatro.—El anfiteatro.—Los concilios.—San Genés.

De vuelta á Beaucaire, fué necesario á toda prisa ganar el puerto, hácia el cual se precipitaba la multitud de viajeros. La campana del *Papin* había sonado ya, y su chimenea lanzaba á lo lejos una ancha columna de blanco humo, señal de próxima partida. A las ocho estábamos en plenas aguas, el cielo soberbio, y el Ródano tranquilo; de suerte, que á las diez abordábamos á Arlés, después de haber salvado una distancia de seis leguas. Las circunstancias nos obligaron á permanecer en aquella ciudad hasta la mañana del siguiente día, y de ello me dió los parabienes.

El filósofo que sin salir de Francia quisiera hacer un curso completo de meditaciones, sobre las revoluciones de las cosas humanas, no podría hacerlo mejor que fi-

jando su morada en la antigua ciudad arlesiana. Los griegos, los romanos, los Bourguignonnes, los Godos, los Sarracenos, los Francos, ¿qué sé yo? veinte diversos pueblos han removido á su turno con sus manos y humedecido con su sangre, ese suelo cubierto todavía con los monumentos de su poder. En otro tiempo, templos, edificios, palacio, forum, anfiteatros, ciudadelas; en el presente, esos monumentos se han convertido en lo que llegan á ser á la larga todas las obras del hombre, en ruinas; por esto mismo son como me lo parece, más elocuentes. Añadid que el pueblo, guardian de ese gran sepulcro, es un pueblo aparte. El Arlesiano difiere en vestido, lenguaje y costumbres de las poblaciones vecinas; se diría que se acuerda de su pasada gloria y que quiere permanecer en ella.

Sin embargo, entre todos estos rotos poderes, hay uno que sobrevive y que ha sabido imprimir allí, como en todas partes, un sello de inmortalidad á sus hombres y á sus monumentos; es el cristianismo. Después de tantos siglos, Arlés conserva un religioso recuerdo de Trophime, de Cesáreo, de Genés. El primero era un pobre discípulo de un fabricante de tiendas llamado Pablo, que desde la prision en que estaba encadenado en la gran Roma, menospreciaba el poder de Neron, hacia bambolear en sus altares á los dioses del Capitolio y enviaba discípulos para la conquista del mundo. Arlés tocó á Trophime, y el joven apóstol, secundando maravillosamente los designios de su maestro, alcanzó someter al imperio de la cruz una parte de la Gaula meridional. 1

Alojados en un hotel, edificado tal vez sobre la basílica del foro, como parecen indicarlo dos antiguas columnas colocadas en la fachada, estábamos á dos pasos de la

1 Mamachi. Orig. et antiquit. christian, tom. II, lib. 2, pág. 266.